

# Introducción

FRANCISCO DE LUIS MARTÍN

*Universidad de Salamanca*

## 1. LA MUERTE COMO SUJETO HISTÓRICO Y SU TRATAMIENTO HISTORIOGRÁFICO

LA PREOCUPACIÓN POR LA MUERTE y por el sentido de la misma, tanto desde el punto de vista del individuo como de la especie humana, es un fenómeno universal que, trascendiendo cualquier límite espacial o temporal, ha acompañado a la humanidad desde prácticamente sus mismos orígenes. En todas las épocas, la muerte, como rito de paso más importante de la existencia, ha sido objeto de reflexión y análisis por parte de las diferentes culturas que se han sucedido a lo largo de la historia. El misterio que encierra y en el que, a la hora de afrontarlo, afloran sentimientos, ideas, deseos, temores y esperanzas, ha sido manantial inagotable de inspiración para escritores, filósofos, artistas y músicos desde la Antigüedad<sup>1</sup>.

Desde el mismo momento en que aparecen las primeras sepulturas como indicador de la conciencia de la muerte y de la posible vida *post mortem*, dando paso al «*homo sepeliens*»<sup>2</sup>, se produce no solo el recuerdo de los fallecidos sino también el respeto, el culto y la veneración hacia los mismos. Lo que inevitablemente conduce a un proceso memorialístico en relación con los antepasados, a los que no se quiere olvidar y, por tanto, de los que es preciso guardar recuerdo, manteniendo así relaciones estrechas con los vivos y vinculando pasado, presente y, muchas veces, futuro también. Este culto, que no es privativo de ningún tiempo, país, religión o cultura, ha sido igualmente analizado de forma «científica» desde diversas perspectivas, con diferentes metodologías y por distintos saberes en época reciente. En el caso de la historia, la historiografía de la muerte se retrotrae a principios del siglo XX, destacando el trabajo

<sup>1</sup> Vid. MORIN, Edgar: *El hombre y la muerte*, Barcelona, Editorial Kairós, 1974.

<sup>2</sup> Vid. GARCÍA SÁNCHEZ, Rafael: «*Incerta omnia, sola mors certa*. Muerte, sepultura y templo», *Scripta Theologica*, vol. 51, 2019, pp. 573-612. También RADER, Olaf B.: *Tumba y poder. El culto político a los muertos desde Alejandro Magno hasta Lenin*, Madrid, Siruela, 2006.

del historiador holandés de la cultura, Johan Huizinga<sup>3</sup>, si bien sería con la Escuela de Annales cuando se convertiría en objeto de atención preferente por parte de los historiadores<sup>4</sup>. Como corriente historiográfica cobrará carta de naturaleza en los años sesenta, siendo las dos décadas posteriores, como señala María Azpeitia, las que registran un verdadero «boom» de publicaciones relacionadas con este tema. Son los años en que aparecen los estudios de los principales historiadores de referencia en este campo, Michel Vovelle y Philippe Ariès especialmente<sup>5</sup>. Si el primero destacó por sus aportaciones teóricas y metodológicas, al segundo le debemos los análisis más completos e integradores relacionados con la muerte, así como una teoría de las edades de la misma que ha devenido en clásica y asumida por muchos de los que han continuado investigando sobre la misma<sup>6</sup>.

A pesar de la crisis que desde los años noventa experimentó la historia de las mentalidades, sector historiográfico que había canalizado los principales estudios sobre la muerte hasta ese momento, no han dejado de aumentar hasta nuestros días trabajos que han incorporado nuevos focos de atención, como los rituales fúnebres, las diferentes culturas del duelo, el tratamiento y la gestión del cadáver, la imaginería y la estética de las exequias, la muerte como imagen y como concepto imaginado, la memoria, las políticas y los usos públicos de la muerte, la tumba, los cementerios —religiosos y civiles— y los monumentos funerarios como lugares de memoria, los itinerarios del cortejo fúnebre, el capital simbólico del deceso, los mecanismos emocionales presentes en los procesos funerarios, la apropiación del cadáver, el uso de la música, de banderas o de colores en el sepelio, las exhumaciones y reenterramientos, etc.<sup>7</sup>.

<sup>3</sup> Cfr. HUIZINGA, Johan: *El otoño de la Edad Media: Estudios sobre la forma de vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos*, Madrid, Alianza, 2001 [1927].

<sup>4</sup> Vid. AZPEITIA MARTÍN, María: «Historiografía de la 'Historia de la muerte'», *Studia Historica. Historia Medieval*, nº 26, 2008, pp. 113-132.

<sup>5</sup> Vid., entre otros, VOVELLE, Michel: *Mourir autrefois: attitudes collectives devant la mort aux XVII et XVIII siècles*, París, Gallimard, 1978 e ÍD.: *Le mort et l'Occident de 1300 à nos jours*, París, Gallimard, 1983. De manera selectiva también, ARIÈS, Philippe: *Essais sur l'histoire de la mort en Occident du Moyen Âge à nos jours*, París, Éditions du Seuil, 1975 e ÍD.: *L'homme devant la mort*, París, Éditions du Seuil, 1977.

<sup>6</sup> Sin ánimo exhaustivo, otros relevantes cultivadores de la historia de la muerte han sido Pierre Chaunu, François Lebrun, Jacques Chiffolleau, Le Roy Ladurie, Jean Delimeau, Roger Chartier, Jacques Choron, Robert Favre, Jacques Le Goff, Robert Fulton, Alberto Tenenti, Maurice Halbwachs, Geoffrey Gorer o Herman Feifel.

<sup>7</sup> Isabelle Renaudet, Olaf B. Rader, Simon Shama, Pierre Nora, Norbert Fischer, Henry Rousso, Paul Ricoeur, David Cannadine, Alida Carloni, Fernando Catroga, David Clark, Emilio Gentile Reinhart Koselleck, Emmanuel Fureix, Thomas W. Laqueur, Jacques Juillard, Olivier Bétorné, Anver Ben-Amos o Michel Winock son algunos de los investigadores que han seguido indagando sobre la muerte y sus múltiples facetas.

En España, como ha ocurrido con la penetración de otras corrientes y campos historiográficos, la historia de la muerte se implantó algo más tardíamente. Fue en los años ochenta cuando comenzaron a proliferar trabajos sobre esta temática, destacando sobre todo aquellos que desde el punto de vista cronológico tenían a diferentes etapas de la Edad Media y en menor medida la Edad Moderna como objeto de estudio, echándose de menos de forma muy llamativa los que inicialmente se acercaron a su prospección en la época contemporánea<sup>8</sup>. A comienzos de los años ochenta y en los noventa de la centuria anterior se publicaron varios trabajos pioneros, destacando el de Manuel Ravina Martín sobre el entierro del periodista y agitador político José Joaquín de Clararrosa<sup>9</sup>, el de Javier Varela a propósito del ceremonial funerario de la monarquía<sup>10</sup>, el de Julio Antonio Vaquero en torno a la muerte en la Asturias del siglo XIX<sup>11</sup>, los trabajos del historiador de la arquitectura Francisco Javier Rodríguez-Barberán sobre los cementerios españoles en general y el de Sevilla en particular<sup>12</sup> y las actas del congreso internacional celebrado en Sevilla sobre los cementerios, publicación coordinada por el propio Rodríguez-Barberán entre otros<sup>13</sup>. Pero el libro más relevante como antecedente y que ha marcado en gran medida el camino a los investigadores posteriores es el que el escritor abulense y Premio Cervantes 2002, José Jiménez Lozano, publicó en la segunda mitad de los años setenta del siglo pasado<sup>14</sup>. En su magnífico y revelador estudio se analizaban un centón de cuestiones y de temas que más tarde otros historiadores han

<sup>8</sup> Emilio Mitre, Susana Royer de Cardinal, Ana Arranz Guzmán, Eliseo Serrano, Ángel Rodríguez, Clara Isabel López Benito, Francisco Javier Lorenzo Pinar, Fernando Martínez, Bonifacio Bartolomé, Leonor Gómez, Ariel Guiance Antón, Abel Rodríguez, Domingo Luis González Lopo o Amalia García son algunos de los estudiosos de la muerte en esos periodos.

<sup>9</sup> Vid. RAVINA MARTÍN, Manuel: «El entierro de un masón: José Joaquín de Clararrosa (1822)», *Revista de Historia Contemporánea*, nº 1, 1982, pp. 65-80.

<sup>10</sup> Vid. VARELA, Javier: *La muerte del rey. El ceremonial funerario de la monarquía española, 1500-1885*, Madrid, Turner, 1990.

<sup>11</sup> Vid. VAQUERO IGLESIAS, Julio Antonio: *Muerte e ideología en la Asturias del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1991.

<sup>12</sup> Vid. RODRÍGUEZ-BARBERÁN, Francisco Javier: *Los cementerios en la Sevilla contemporánea. Análisis histórico (1800-1950)*, Sevilla, Diputación de Sevilla, 1996.

<sup>13</sup> Vid. RODRÍGUEZ-BARBERÁN, Francisco Javier et al. (coords.): *Una arquitectura para la muerte. I Encuentro internacional sobre los cementerios contemporáneos*, Actas, Sevilla 4-7 de junio de 1991, Sevilla, Junta de Andalucía, 1993. Destacados especialistas de todo el mundo debatieron sobre la historia y los aspectos urbanísticos, arquitectónicos, higiénicos y sociológicos de la arquitectura funeraria. La mayoría de los autores españoles procedían del campo de la historia del arte y de la geografía, siendo muy llamativa la ausencia de historiadores *stricto sensu*.

<sup>14</sup> Cfr. JIMÉNEZ LOZANO, José: *Los cementerios civiles y la heterodoxia española*, Madrid, Taurus, 1978.

continuado abordando<sup>15</sup>. Es el caso muy especialmente, como el propio título del libro señala, de los cementerios civiles —los denominados «corralillos» en el lenguaje popular por su aspecto exterior—, de su historia y de su importancia como parcela indisociable y espejante de la vida espiritual, social y política contemporánea de España. Por sus páginas discurren de forma ágil y entrelazada análisis sobre el catolicismo político y su reflejo en la dominante cultura de la muerte que atraviesa los siglos XIX y XX, los alternativos espacios de enterramiento donde encontraron descanso los representantes de la España religiosa o políticamente inconformista, disidente y/o heterodoxa —«la iglesia de los no creyentes» —, el retroceso que el imperio de la muerte experimenta desde mediados del siglo XVIII, el clericalismo y el anticlericalismo funerarios, los primeros entierros civiles a comienzos del siglo XIX, el lenguaje sacralizado del sepelio laico, la erección inicial de cementerios civiles y las resistencias sociales y políticas a la misma, su segregación como espacio separado del cementerio católico y el habitual e inmenso abandono de los mismos, el carácter político de la muerte y del enterramiento, los rituales funerarios, la presencia de la música en los mismos y su carácter simbólico, la hipocresía y la doble moral en torno a la muerte, la municipalización de los cementerios durante la Segunda República y la lucha político-religiosa que entrañó —«la guerra de los muertos»—; la nueva, aunque muy tradicional al mismo tiempo, legislación sobre las necrópolis y los enterramientos establecida por el franquismo y lo limitado en la práctica de la iconoclastia que se abatió sobre lugares y monumentos funerarios de los vencidos en la guerra.

El libro de Jiménez Lozano, sin embargo, pasó desapercibido en el ámbito académico, lo que ponía de manifiesto que la cantera de investigación que tan luminosamente había abierto no tuvo continuadores entre los profesionales de la historia durante un largo periodo de tiempo. Las razones de esta postergación y, en definitiva, de la poca importancia que se le ha dado a la historia de la muerte en la historiografía contemporánea española son varias. Por un lado, la tradicional marginación de aquellos temas —como el que nos ocupa— considerados menores frente a los que se suponía constituían —como la política y la lucha por el poder, los sistemas económicos, los grupos y los conflictos sociales, la modernización, la construcción nacional...— el meollo o la clave de los procesos históricos. Por otro y en paralelo, la marginación o la

<sup>15</sup> Al margen de la novedad que supuso su publicación, el trabajo de Jiménez Lozano puede considerarse una contestación en toda regla a la visión tradicional y dominante que en nuestro país se había tenido sobre los no católicos como antiespañoles y cuya principal referencia ideológica se encuentra, como es conocido, en la *Historia de los heterodoxos españoles*, la obra que Marcelino Menéndez Pelayo publicó a finales del siglo XIX. Muy al contrario, la visión que destila es la propia de un catolicismo integrador y tolerante, que refleja muy bien el espíritu de diálogo y de concordia que animó la Transición.

relegación de lo biográfico, del individuo, de la narración, de las mentalidades y de la cultura, de lo microhistórico, de lo simbólico..., frente al tiempo largo, las estructuras, la historia política, la historia social y la historia económica, en sus acepciones más tradicionales. Una situación que, a diferencia de lo que ha ocurrido en la historiografía de otros países, en España ha tenido una más dilatada continuidad debido a diferentes factores intra y extra académicos, entre los que el dominio del marxismo y de las interpretaciones materialistas en la forma de hacer historia —y en los planteamientos metodológicos— ha jugado un papel estelar.

Si la historiografía contemporánea en España comenzó en los últimos años del siglo XX a cuestionar esos paradigmas dominantes y a desplazarse, como había ocurrido ya a nivel internacional unas décadas antes, hacia nuevos territorios y nuevos enfoques históricos —la cultura, el lenguaje, la vida cotidiana, el género...—<sup>16</sup>, sería en la primera década del siglo actual cuando un selecto grupo de historiadores mostraría interés por la muerte y las políticas de la muerte como tema de investigación, siguiendo los pasos iniciales de Jiménez Lozano, Ravina Martín, Javier Varela y Julio Antonio Vaquero. Un foco de atención que ha generado significativas aportaciones es el de los funerales en el espacio público durante el siglo XIX, con estudios como los de Luis Garrido, Juan Pan-Montojo, Ramiro Reig, Rafael Zurita, Raquel Sánchez o Mari Cruz Romero<sup>17</sup>, comportando, como han señalado diversos autores, una revisión del

<sup>16</sup> Vid., entre otros, BURKE, Peter (ed.): *Formas de hacer Historia*, Madrid, Alianza, 1993; OLÁBARRI, Ignacio y CAPISTEGUI, Francisco Javier: *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Editorial Complutense, 1996; HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena: «La historia cultural en España: tendencias y contextos de la última década», *Cercles: revista d'història cultural*, nº 4, 2001, pp. 57-91 y PÉREZ LEDESMA, Manuel: «Historia social e historia cultural. (Sobre algunas publicaciones recientes)», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2008, vol. 30, pp. 227-248.

<sup>17</sup> Vid. Garrido, Luis: «El entierro de Argüelles», *Historia y Política*, nº 3, 2000, pp. 121-146; PAN-MONTOJO, Juan: «Juan Álvarez de Mendizábal (1790-1853). El burgués revolucionario», en Isabel BURDIEL y Manuel PÉREZ LEDESMA (coords.): *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000, pp. 155-182; en la misma obra, REIG TAPIA, Ramiro: «Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928): promotor de rebeldías», pp. 331-362; ZURITA ALDEGUER, Rafael: «El progresismo. Héroes e historia de la nación liberal», en Mari Cruz ROMEO MATEO y María SIERRA ALONSO: *La España liberal, 1833-1874*, Madrid, Marcial Pons, 2014, pp. 317-346; SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel: «Los funerales de Quintana», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, nº 17, 2011, pp. 1-13; de la misma autora: «La muerte del poeta. Funeral de Estado y ritual social en el fallecimiento de José Zorrilla (1893)», *Hispania*, vol. 75, nº 249, 2015, pp. 147-172; ROMEO MATEO, Mari Cruz: «Joaquín María López. Un tribuno republicano en el liberalismo», en Javier MORENO LUZÓN y Rosa María CAPEL (coords.): *Progresistas. Biografías de reformistas españoles (1808-1939)*, Madrid, Taurus-Fundación Pablo Iglesias, 2005, pp. 59-98; de la misma autora: «Memoria y política en el liberalismo progresista», *Historia y Política*, nº 17, 2007, pp. 69-88.

análisis de la figura del héroe romántico y de su culto político<sup>18</sup>. No han faltado tampoco estudios sobre algunos funerales destacados durante la etapa de la Restauración, como el Valenzuela de las Heras, el de Pilar Tormo o el de Fernando Montolió<sup>19</sup>. Igualmente, disponemos de algunos buenos trabajos sobre la muerte y el culto a los muertos en el nacionalismo vasco y catalán<sup>20</sup>. Una visión general de la muerte en el primer tercio del siglo XX, auspiciada por el pesimismo noventayochista y plasmada en la literatura y las artes es el de Núñez Florencio y Núñez González<sup>21</sup>. Para la etapa del franquismo, hay también buenos análisis, como el de Javier Rodrigo, los de Miguel Ángel del Arco Blanco y Alonso Carballés o el de Zira Box<sup>22</sup>.

Una contribución relevante al estudio de los usos políticos de la muerte en un plano internacional lo constituyó el libro colectivo *Políticas de la muerte: usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX*, publicado en el año 2009 bajo la dirección de Jesús Casquete y Rafael Cruz<sup>23</sup>. Los diez textos que incluye

<sup>18</sup> Vid. SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel: «El héroe romántico y el mártir de la libertad: los mitos de la revolución en la España del siglo XIX», *La Albolafia*, n.º 13, 2018, pp. 45-66 y ROCA VERNET, Jordi: «Los liberales. Del funeral cívico al republicano durante la Revolución», en Pierre GÉAL y Pedro RÚJULA (coords.): *Los funerales políticos en la España contemporánea. Cultura del duelo y usos públicos de la muerte*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2023, p. 119.

<sup>19</sup> Vid. VALENZUELA DE LAS HERAS, Susana: «Magnicidio, entierro y funerales del Excmo. Sr. D. José Canalejas y Méndez, presidente del Consejo de Ministros y expresidente del Consejo de los Diputados», *Revista de las Cortes Generales*, n.º 62, 2004, pp. 213-256; TORMO MARTÍN DE VIDALES, Pilar: *El cardenal Payá, apuntes para una biografía*, Toledo, Estudio Teológico de San Ildefonso, 1992, pp. III-112 y MONTOLIÓ MILLÁN, Fernando: «El asesinato del cardenal Soldevila», *Aragonia Sacra*, X, 1995, pp. 169-190.

<sup>20</sup> Vid., como ejemplos, DE LA GRANJA, José Luis: «El culto a Sabino Arana: la doble resurrección y el origen histórico del *Aberri Eguna* en la II República», *Historia y Política*, n.º 15, 2006, pp. 65-116 y ESCULIES, Joan: «El nacionalismo radical catalán y su visión de Companys antes del mito del presidente mártir», en Enrique UCELAY-DA CAL y Arnau GONZÁLEZ I VILALTA (eds.): *Contra Companys, 1936. La frustración nacionalista ante la Revolución*, Valencia, Universidad de Valencia, 2012, pp. 53-64.

<sup>21</sup> NÚÑEZ FLORENCIO, Rafael y NÚÑEZ GONZÁLEZ, Elena: *¡Viva la muerte! Política y cultura de lo macabro*, Madrid, Marcial Pons, 2014.

<sup>22</sup> Vid. RODRIGO, Javier: *Cruzada, paz, memoria. La Guerra Civil en sus relatos*, Granada, Comares, 2013; DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel: *Cruces de memoria y olvido. Los monumentos a los caídos en la guerra civil española (1936-2021)*, Barcelona, Crítica, 2022; ALONSO CARBALLÉS, Jesús Javier: *Memorias de piedra y de acero. Los monumentos a las víctimas de la Guerra Civil y del franquismo en Euzkadi (1936-2017)*, Guernica, Gernikako Bakearen Museoa Fundazioa, 2017 y BOX, Zira: «Pasión, muerte y glorificación de José Antonio Primo de Rivera», *Historia del Presente*, n.º 6, 2005, pp. 191-216.

<sup>23</sup> CASQUETE, Jesús y CRUZ, Rafael: *Políticas de la muerte: usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX*, Madrid, Catarata, 2009.

se centran en el siglo XX y hablan de experiencias fúnebres de diferentes países, como Portugal, Palestina, España, Alemania, Grecia y Rumanía<sup>24</sup>.

Una última contribución colectiva y que podría considerarse en cierto modo como la puesta de largo de la historiografía contemporánea española sobre la muerte y su instrumentalización por las diferentes culturas políticas que se han sucedido a lo largo de los siglos XIX y XX es el libro publicado en el año 2023 con el título de *Los funerales políticos en la España contemporánea*<sup>25</sup>. Con un carácter panorámico, los historiadores españoles que colaboran en él trascienden el estudio de casos particulares, sin dejar de mencionar algunos de los más significativos, para ofrecer marcos y referencias generales, así como atinadas reflexiones teóricas a propósito del común objeto de estudio<sup>26</sup>.

Como se desprende de la nota anterior, el coordinador de este proyecto ha hecho su particular aportación a este tema mediante el examen de la muerte de Pablo Iglesias<sup>27</sup>. En la historia del socialismo europeo los mitos de origen, el culto a los fundadores y los ritos en torno a la muerte —o la inmortalidad— de sus dirigentes más emblemáticos tuvieron un papel destacado<sup>28</sup>. Iglesias reunió

<sup>24</sup> Tres de ellos se refieren al ámbito español. Rafael Cruz, con el titulado «El sabor fúnebre de la política española entre 1876 y 1940», analiza la relación de los espacios y rituales fúnebres con los conflictos políticos durante casi un siglo; Ucelay-Da Cal, con un estudio sobre los entierros políticos en Barcelona durante los cuarenta primeros años del siglo XX y Zira Box, que profundiza en el doble traslado de los restos de José Antonio en 1939 y 1959 y su significado político.

<sup>25</sup> GÉAL, Pierre y RÚJULA, Pedro (coords.): *op. cit.*

<sup>26</sup> Jordi Roca, Florencia Peyrou y Óscar Anchorena se ocupan de analizar el ritual y la movilización fúnebre de las fuerzas liberales, progresistas y republicanas en el siglo XIX; Pedro Rújula y Jordi Canal reflexionan sobre los usos particulares de la muerte por el carlismo; Francisco Javier Ramón Solans analiza cómo, durante la Restauración, los intentos por secularizar el espacio de la muerte se enfrentan a la Iglesia católica y su resignificación de los funerales de destacadas personalidades; Francisco de Luis aborda la relevancia que el socialismo otorgó a los rituales de la muerte y los procesos de memoria de sus principales dirigentes, personificándolo en la figura de Pablo Iglesias; Miguel Ángel del Arco Blanco estudia los funerales políticos durante la guerra civil y el franquismo y Jesús Alonso Carballés hace lo propio en el contexto de la Transición; finalmente, María Laura Martín-Chiappe examina las prácticas funerarias que han tratado de dar visibilidad y legitimación a los represaliados por el franquismo.

<sup>27</sup> *Vid.* también, DE LUIS MARTÍN, Francisco: *Pablo Iglesias. Muerte y memoria de un mito*, Córdoba, Almuzara, 2021.

<sup>28</sup> Sirvan como ejemplos los trabajos de Andrew G. Bonnell sobre Ferdinand Lassalle, Michael L. Hughes sobre Wilhelm Liebknecht, Alexandra Pita sobre José Ingenieros o Keith P. Gorman sobre las políticas de la muerte y memoriales en el socialismo francés de entreguerras, y en especial en torno a la construcción del culto a Jean Jaurès como mártir. Un listado al que cabe añadir la reflexión general de Kevin J. Callahan sobre el carácter simbólico de este tipo de prácticas en el conjunto de la Segunda Internacional. BONNELL, Andrew G.: *Red Banners, Books and Beer Mugs. The Mental World of German Social Democrats, 1863-1914*, Londres, Brill, 2020, pp. 11-33. HUGHES, Michael L.: «Splendid Demonstrations: The Political Funerals of Kaiser Wilhelm I and Wilhelm Liebknecht», *Central European History*, nº 41, 2008, pp. 229-253. PITA GONZÁLEZ, Alexandra: «Los homenajes

esas tres funciones, lo que contribuyó a su sacralización y a convertirlo en un mito. A ello coadyuvó de forma muy importante tanto el sepelio que organizaron sus seguidores como la construcción de una memoria que ha llegado hasta nuestros días. Fue a partir del tratamiento de estas cuestiones, cuando nos planteamos la conveniencia, necesidad más bien, de profundizar en el estudio de la muerte en el ámbito del socialismo español mediante el análisis de otras figuras del mismo. Entendíamos también, como tratamos de explicar en el siguiente apartado, que era la manera de llenar un llamativo vacío en su historiografía.

## 2. EL PAPEL DE LA MUERTE EN LA HISTORIA DEL SOCIALISMO ESPAÑOL

Una cuestión previa antes de analizar los rasgos distintivos de la muerte en el socialismo español es la de subrayar la existencia de una subcultura que caracterizó al socialismo hispano y de la que aquella forma parte innegable. Una subcultura que, si bien tiene claros puntos de coincidencia con otras subculturas políticas de izquierdas que existieron en la España de entresiglos, presenta también rasgos propios y singulares que nos permiten definirla y acotarla de forma autónoma<sup>29</sup>. Heredera sobre todo del espíritu racionalista hispano, de la ilustración y de las corrientes progresistas y laicas del siglo XIX más que del marxismo puro, la subcultura prohijada por el socialismo no se puede entender sin los aportes de esas «tradiciones culturales» ni sin las influencias que recibió de otros socialismos europeos, si bien estos fueron igualmente deudores de los «modelos culturales liberales» de sus respectivos países, como han puesto de manifiesto diversos autores<sup>30</sup>. El socialismo hará de la cultura, entendida no sólo como saber y depósito de conocimientos, sino también y sobre todo como

---

a José Ingenieros y el debate en torno al papel del intelectual», *Revista Complutense de Historia de América*, nº 35, 2009, pp. 69-85. GORMAN, Keith P.: *Cults of the dead: french socialism and the politics of memory, 1914-1924*, Tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, 1994. CALLAHAN, Kevin J.: *Demonstration Culture. European Socialism and the Second International, 1889-1914*, Leicester, Troubador Publishing, 2012, pp. 149-188.

<sup>29</sup> Un análisis de esa subcultura, de los contactos y préstamos en relación con otras manifestaciones culturales y de los motivos que lleva a sus autores a considerar que no puede hablarse de una cultura socialista *stricto sensu* se encuentra en DE LUIS MARTÍN, Francisco y ARIAS GONZÁLEZ, Luis: ««Mentalidad» y «Cultura» obrera en la España de entresiglos: vindicaciones, planteamientos e incertidumbres historiográficas», *Historia Contemporánea*, nº 24, 2002, pp. 389-427.

<sup>30</sup> *Vid.*, como ejemplos, HOBBSAWN, Eric. J.: «Las clases obreras inglesas y la cultura desde los comienzos de la revolución industrial», en *Niveles de cultura y grupos sociales*, Madrid, Siglo XXI, 1977, pp. 200-217; en este mismo volumen, DAVIS, Mike: «Formación obrera y pensamiento obrero sobre la cultura en Francia desde mediados del siglo XIX», pp. 220-247. Igualmente, DOMINICI, Silvia: «La cultura socialista in Italia nell'età liberale: lineamenti e indirizzi di ricerca», *Studi Storici*, nº 7, enero-marzo 1992, pp. 235-247.

elemento fundamental en el proceso de toma de conciencia de la clase obrera e instrumento de redención de la misma, un objetivo nuclear de su proyecto político y una parte esencial del mismo. El abandono del determinismo revolucionario tras dejar atrás la interpretación guesdista del marxismo dejó vía libre al voluntarismo y la acción humana, lo que, a su vez, llevaría a primar la organización de los trabajadores, una nueva moral de la clase obrera y la formación de los militantes, todo lo cual colocaba a la cultura —como norma táctica para superar el capitalismo y vía hacia la «futura sociedad igualitaria»— en el centro del pensamiento y de la acción socialista, tal y como ocurrió con sus homólogos europeos. Una ubicación esta que —en claro aviso tanto para los nostálgicos del «infantilismo revolucionario» como para los escorados hacia un «socialreformismo pequeñoburgués»— no parecía entrañar contradicción alguna con el marxismo y las ideas tradicionales del socialismo científico, por cuanto, como señaló Julián Besteiro, la conquista de la cultura era un momento de la lucha de clases previsto ya por Marx<sup>31</sup>. La cultura se convirtió así en la nueva religión del obrero socialista y el esfuerzo por obtenerla, especialmente mediante la participación activa en los organismos políticos, sindicales y educativos propios, en una de las principales señas de identidad del «obrero consciente»<sup>32</sup>. En consecuencia, cabe sostener que la cultura socialista puede considerarse como expresión de un grupo cerrado en sí mismo, poseedor de un espacio sagrado —la Casa del Pueblo—, de unos mecanismos y de unos productos culturales y de una simbología propia y sacralizada que, con sus contradicciones, trató de diferenciarse del resto de los sectores políticos, incluidos los de la izquierda<sup>33</sup>. Mecanismos y productos que incluían desde actividades propiamente educativas y de carácter reglado, como las experiencias escolares, las de formación profesional o las de preparación doctrinal y societaria, hasta otras no regladas que afectaban al mundo del arte, la edición de libros, la organización de conferencias y de charlas o el fomento de la lectura, pasando por aquellas que, como las de naturaleza deportiva, teatral o musical, buscaban llenar el ocio y el tiempo libre de los militantes. Todas ellas eran, por tanto, manifestaciones de la cultura asociacionista que caracterizó al socialismo español, la cual, a su vez, formaría parte de un todo más amplio —«la sociabilidad

<sup>31</sup> Vid. BESTEIRO, Julián: «Romanticismo y socialismo», *El Socialista*, nº 6524, 5 de enero de 1930, p. 1.

<sup>32</sup> Vid., entre otros muchos textos, «Cualidades que deben tener los socialistas», *El Socialista*, nº 4728, 3 de abril de 1924, p. 2 y LARGO CABALLERO, Francisco: «Hay que prepararse», *Boletín de la Unión General de Trabajadores de España*, nº 1, enero de 1929, p. 1.

<sup>33</sup> Consideraciones sobre este asunto se encuentran en PÉREZ LEDESMA, Manuel: «La cultura socialista en los años veinte», en José Luis GARCÍA DELGADO (ed.): *Los orígenes culturales de la II República*, Madrid, Siglo XXI, 1993, pp. 149-198 y en DE LUIS MARTÍN, Francisco: «La cultura socialista en España: de los orígenes a la guerra civil», *Ayer*, nº 54, 2004 (2), pp. 199-247.

socialista»— que incluiría cooperativas, mutualidades, dispensarios médicos y otro tipo de sociedades<sup>34</sup>, y al que pertenecería también una particular concepción de la muerte, de los rituales fúnebres y de la memoria de sus «mártires»<sup>35</sup>.

Si hubiera que señalar un rasgo distintivo de la muerte en el socialismo, aunque compartido con otras culturas políticas laicistas, este sería el de prohiar con ese motivo un tipo de actos que se oponía al rito católico, al clericalismo funerario<sup>36</sup>. Al igual que con otros ritos de paso, como el bautismo y el matrimonio, el de la muerte debía tener un componente exclusivamente civil y, por tanto, todo el ritual concerniente a la misma solamente podía expresarse en términos cívicos y en relación dialéctica con la cultura del duelo sostenida por la Iglesia como expresión —política y religiosa— de la ciudadanía católica de los españoles. La muerte laica y civil vendría a mostrar así la irreligiosidad de los militantes socialistas, su pertenencia a la «Iglesia» de los no creyentes y un claro desafío al poder eclesiástico y también al poder político que lo amparaba y/o lo promovía con sus normas y decisiones. Sin embargo, por debajo de esta concepción secularizada de la muerte y del consiguiente rechazo a su apropiación simbólica por las autoridades eclesiásticas, es posible advertir una diversidad de planteamientos sobre aquella y que viene a reflejar la diversidad cultural —también en un asunto tan complejo como el de la desaparición física— existente en el seno del socialismo. Planteamientos que iban desde el contratéismo militante, es decir, desde una postura de radical anticlericalismo que defendía la lucha abierta contra la idea de Dios; hasta el teísmo, idea que no rechazaba la posibilidad de la existencia de un ser superior, pasando por el ateísmo negador de la existencia de ese ser o el agnosticismo que declaraba inaccesible al entendimiento humano todo conocimiento de lo divino, sin por ello negar o afirmar su existencia. Porque representantes de todas estas posturas tuvo el socialismo español a lo largo de su historia, dándose el caso incluso de dirigentes —Besteiro, Prieto, Juan Almela Meliá, Tomás Meabe o María Lejárraga serían algunos ejemplos— que a lo largo de su vida fluctuaron entre

<sup>34</sup> Un análisis de este universo asociativo y de la integración de sus diferentes elementos constitutivos en los «templos obreros» se encuentra en DE LUIS MARTÍN, Francisco y ARIAS GONZÁLEZ, Luis: *Casas del Pueblo y centros obreros socialistas en España. Estudio histórico, social y arquitectónico*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2009.

<sup>35</sup> Sobre el concepto de mártir en el socialismo, *vid.* JULIÁ, Santos: «Fieles y mártires. Raíces religiosas de algunas prácticas sindicales en la Europa de los años treinta», *Revista de Occidente*, nº 23, 1983, pp. 61-76.

<sup>36</sup> Buenos estados de la cuestión sobre este asunto se encuentran en LA PARRA, Emilio y SUÁREZ CORTINA, Manuel (eds.): *El anticlericalismo español contemporáneo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998; DE LA CUEVA, Julio y MONTERO, Feliciano (eds.): *Izquierda obrera y religión en España (1900-1939)*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 2012 e ÍD. (eds.): *La historia religiosa de la España contemporánea: balance y perspectivas*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 2017.

unas u otras al compás de la evolución de sus ideas y, en consecuencia, de su actitud ante la vida y la muerte.

El «funeral socialista» se convirtió, independientemente de las coyunturas históricas, en un doble acto de afirmación y de autoafirmación política. Si con el primero se pretendía hacer una demostración pública de fuerza, llevar a cabo una acción de rebeldía o fortaleza frente al poder político y también frente al funeral católico, y, en definitiva, lanzar un mensaje a propósito de la centralidad y de la importancia presente y/o futura de la opción ideológica que representaba el socialismo para la correcta organización social y política, con el segundo lo que se buscaba era reforzar la cohesión interna y la identidad colectiva como grupo. En este sentido, resultaba esencial cuidar y recalcar algunos factores y elementos que formaban parte del entierro y que llegaron a conformar un tipo de ritual o de liturgia que caracterizaron a las celebraciones funerarias socialistas, aunque no fueran originales ni únicas en el contexto de la historia contemporánea de España y de Europa. Uno de ellos era enfatizar el valor ejemplarizante de las ideas y/o de las obras —el comportamiento mostrado a lo largo de la vida— del finado, convirtiéndose en testimonio «vivo», en modelo, de lo que debía ser la conducta —y la memoria— del colectivo socialista. Se producía así, como muy atinadamente ha señalado Jesús Casquete, la transferencia simbólica del muerto de su familia natural a su familia política<sup>37</sup>, constituyendo un patrimonio inmarcesible de esta última. Otro muy importante era la cuidada «puesta en escena» que presidía la ceremonia fúnebre y que comenzaba con el planificado sepelio, desde la preparación del cadáver, la instalación de la capilla ardiente, la estética con que se revestía, la organización del desfile ante la misma, la conformación del cortejo funerario y el itinerario o recorrido que había de seguir —procurando atestiguar con su presencia y la de la masa social que lo acompañaba directamente o como espectadora en calles y plazas el dominio del espacio público—, para terminar con el depósito de los restos mortales en una tumba ubicada en el cementerio civil —panteón civil segregado del católico y antagónico al mismo—, convirtiéndose desde ese momento —la muerte como generadora de vida e iniciadora de las políticas de la memoria— en lugar de peregrinaje —con motivo de aniversarios, homenajes y actos varios— para los militantes<sup>38</sup>. Se generaba así una «movilización fúnebre» que, como indica Rafael Cruz, intentaba extender un mensaje de respetabilidad, unidad, número y compromiso al que acompañaban casi siempre las

<sup>37</sup> Vid. CASQUETE, Jesús: «Conclusiones. El poso agridulce de la ausencia. Vectores de las políticas de la muerte», en ÍD y RAFAEL CRUZ (eds.): *op. cit.*, p. 339.

<sup>38</sup> Sobre el sepulcro como lugar material y espacio privilegiado de la memoria es muy recomendable el libro de RADER, Olaf B.: *op. cit.* Del mismo autor: «Viejos huesos con nuevos significados», en Jesús CASQUETE y Rafael CRUZ (eds.): *op. cit.*, pp. 23-38.

notas de orden y solemnidad<sup>39</sup>. Un mensaje que se vio reforzado, amplificado y socializado por lo que ese mismo historiador llama los cortejos de «papel», es decir, una prensa partidista —tanto nacional como provincial— que desde el primer momento dio noticia puntual y en el caso de algunos líderes obreros muy detallada de su deceso y funeral.

Todo este universo propagandístico y de utilización política de la muerte se vio favorecido por la creación consciente de un clima emocional que presidió todo el proceso fúnebre y que tenía como objetivo actualizar y reforzar el compromiso de los militantes con el ideario socialista. La visita a la casa del finado, la firma de pliegos de pésame, la exposición del cadáver en el centro obrero, su custodia por una guardia de honor, la decoración de la capilla ardiente, la formación del cortejo, la presencia de mujeres y de niños en la cabecera del mismo, el silencio y solemnidad de la marcha hasta el cementerio, el discurso fúnebre en el mismo, el depósito de los restos mortales en la tumba, la colocación de banderas y de flores, la utilización a veces de marchas fúnebres, los crespones negros que podían verse en las sedes obreras... eran algunas de las piezas que formaban ese bien engrasado y mejor diseñado puzzle emocional. Esta dimensión, a la que solo recientemente se le ha prestado la atención que merecía por parte de la historiografía<sup>40</sup>, jugaba, por tanto, un papel central al contribuir a recalcar la visión socialista del espacio público y la manera en que debían actuar sus afiliados frente al mismo —y en el interior de los aparatos y organismos propios— tanto individual como colectivamente.

Ya hemos comentado cómo el ritual funerario socialista fue, esencialmente por su naturaleza civil y anticlerical, heredero y continuador del que las fuerzas políticas progresistas —demócratas, republicanos, grupos librepensadores, masones...— pusieron en práctica a lo largo del siglo XIX. Es muy probable que el ceremonial masónico, que ya antes de esa fecha se había asentado en ciertas ciudades de Europa y también se conocía en España, hubiera tenido una influencia decisiva en la conformación de las exequias de carácter laico que se prodigaron hasta el final de la Guerra Civil<sup>41</sup>. La relevancia que en ellos

<sup>39</sup> CRUZ, Rafael: «El sabor fúnebre de la política española entre 1876 y 1940», en Jesús CASQUETE y Rafael CRUZ: *Políticas de la muerte...*, *op. cit.*, pp. 82-83.

<sup>40</sup> Vid. JASPER, James S.: «Du symbole à l'émotion: la tradition américaine de la politique symbolique», en Isabelle SOMMIER y Xavier CRETTEZ (dirs.): *Les dimensions émotionnelles du politique: Chemins de traverse avec Philippe Braud*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2012, pp. 329-345; HIDALGO GARCÍA DE ORELLÁN, Sara: *Emociones obreras, política socialista. Movimiento obrero vizcaíno, 1886-1915*, Madrid, Tecnos, 2018 y GÉAL, Pierre: «El marco teórico. Los funerales como modalidad de política informal», en Pierre GÉAL y Pedro RÚJULA (coords.): *op. cit.*, pp. 26-27.

<sup>41</sup> Galdós ha narrado con mano maestra los entierros masónicos del infante Enrique de Borbón, muerto en duelo con el Duque de Montpensier; y del general y presidente del Gobierno Juan Prim. Vid. PÉREZ GALDÓS, Benito: *España trágica*, en ÍD.: *Obras completas*, tomo III, Madrid, Aguilar, 1951, p. 906 y *Amadeo I*, en ÍD.: *Obras completas*, tomo III, Madrid, Aguilar, 1951, pp. 961-962.

tenían los elementos simbólicos, lo ceremonioso, la colocación con escolta del féretro abierto en la capilla ardiente, la ornamentación de esta, el orden del desfile ante el ataúd y en el recorrido del cortejo por las calles, la exhortación pronunciada en el cementerio y las inscripciones grabadas en la tumba pudieron ofrecer un modelo inicial para quienes se oponían al funeral católico<sup>42</sup>. Sin embargo, los entierros socialistas, como los del resto de los grupos defensores del laicismo, no consiguieron zafarse del modelo religioso, que, lógicamente, precedió al masónico, y del que imitaron gran parte de sus características. Ya Jiménez Lozano expuso que los enemigos de la Iglesia, que no disponían de otra estructura mental que la configurada por aquella, se vieron en la necesidad de expresarse con gestos, palabras y símiles religiosos: «En realidad, se había encontrado la liturgia apropiada para la expresión de la increencia: una liturgia simétrica de la ortodoxia-catolicidad fuera de cuyo universo mental y de sensibilidad no se acierta a expresar esa increencia convertida en anticreencia y anti-teología»<sup>43</sup>. Al no disponer de otras categorías de pensar que las religiosas y de otro acervo simbólico y de expresión que el propio del catolicismo la «religión civil» prosiguió siendo católica —a su pesar— en su lucha contra la religiosidad confesional. De ahí que con mucha frecuencia los sepelios de los líderes socialistas estuvieran rodeados de una especie de «unción religiosa» —sin curas ni cruces, naturalmente— que, imitando aspectos o fórmulas del funeral católico y a falta de alternativas exclusivamente laicas, se mostró compatible con un evidente escepticismo o, más comúnmente, un claro rechazo hacia lo sobrenatural. Los ejemplos son numerosos, aunque el más llamativo de todos, por la abundancia del lenguaje sacralizado y los símiles religiosos y paraeclesiales que lo caracterizó, fue el del fundador del socialismo, Pablo Iglesias.

Un modelo alternativo o distinto a los anteriores, aunque manteniendo muchos de los elementos de la imagería del religioso, es el «soviético». Este modelo se aplicó en el periodo inmediatamente anterior a la guerra civil y a lo largo de la misma. En esos años, la radicalización de los partidos obreristas propició, como se sabe, un acercamiento —casi identificación en la práctica— entre comunismo y socialismo. La creación de las Juventudes Socialistas Unificadas, con sus milicias uniformadas, sería un ejemplo, entre otros, de esa deriva política. Este proceso favoreció que muchos de los sepelios se caracterizaran por la imitación o adaptación del que se aplicó en el deceso de Lenin y

<sup>42</sup> Vid. MEREDITH SANDERSON, George: *Un análisis del ritual masónico*, Oviedo, Editorial Masónica, 2011; RIVERO, Óscar: *Las honras fúnebres masónicas. Origen, ritos y símbolos*, Oviedo, Editorial Masónica, 2015 y ÁLVAREZ LUNA, Juan Jesús: «La masonería y su simbolismo funerario», *Arqueo Times*, 29 de enero de 2024, pp. 23-26.

<sup>43</sup> JIMÉNEZ LOZANO, José: *op. cit.*, p. 82.

de otros dirigentes comunistas en la URSS<sup>44</sup>. La muerte adquirió un carácter «sacrificial» y los funerales una narrativa marcial. Destacó en ellos una puesta en escena de marcado signo vanguardista con el despliegue de banderas —especialmente la comunista—, las formaciones uniformadas, la guardia de honor escoltando el féretro, las masas con el puño en alto, un impresionante silencio a lo largo del itinerario fúnebre, etc.

Un aspecto que conviene tener en cuenta es la distinción a la hora de enfocar la muerte y el entierro entre «grandes» y «pequeños» socialistas, entre los dirigentes y la masa de militantes. En realidad, en este ámbito es muy poco lo que conocemos sobre el común de los afiliados. Con no demasiada frecuencia y, por ello mismo resaltando la noticia de forma notoria, los rotativos socialistas informaban de que algunos de ellos, normalmente cuadros medios o pequeños de agrupaciones o sindicatos locales y/o provinciales, habían muerto «en olor de laicismo» y, consiguientemente, habían sido enterrados civilmente. Pero, como decimos, estos casos no abundaban y, desde luego, eran bastante menos en número que los que se referían a otros ritos de paso, como el bautismo y el matrimonio antirreligiosos. Por otro lado, para muchos socialistas, como para otros muchos inconformistas religiosos, la idea de yacer en uno de los cementerios civiles, convertidos muchos de ellos hasta la época de la Segunda República en verdaderos basureros o en meros eriales abandonados, de aspecto siniestro y de reducido tamaño en su mayor parte, no debía resultar muy seductora. Ser enterrado en uno de ellos podía considerarse, al margen de ideas y pensamientos, infamante, por lo que, a no ser que se estuviera animado de un elevado espíritu de desafío a la Iglesia o de unas convicciones muy rígidas y arraigadas, es comprensible que una gran parte tratara de ahorrar a sus deudos ese sambenito recurriendo a un acto de disimulo o de hipocresía a la hora de la muerte. Tampoco debió ser ajeno a todo ello la presión social por cuanto en muchas localidades se siguió manteniendo la idea de que los que yacían en los «corralillos» habían sido malos ciudadanos y malos españoles, emparentados en su oprobio con herejes, delincuentes y suicidas.

Muy diferente fue la situación de aquellos dirigentes que en una u otra época pasaron a formar parte del panteón socialista y gozaron del reconocimiento, la admiración y hasta la veneración de los militantes. Porque se consideraba que su desaparición física no implicaba en modo alguno la muerte de «su obra». A través de ella —de sus trabajos, de sus escritos y de su ejemplo, sobre todo— el finado continuaba influyendo en sus correligionarios y, de esa

<sup>44</sup> Vid. GRACIA GÓMEZ, Alfonso: «Los funerales de Lenin o el nacimiento de un mito fundacional», *ASRI. Arte y Sociedad. Revista de Investigación*, nº 16, 2019, pp. 21-36; RADER, Olaf B.: *op. cit.*, pp. 268-273 y SUÁREZ LÓPEZ-ZURIAGA, Eloísa: «Estalinismo y Religión Política: entre la ficción y los acontecimientos históricos», *Bajo palabra. Revista de Filosofía*, IIª Época, nº 3, 2008, pp. 165-172.

manera, su «espíritu» seguía presente y activo en la vida de la colectividad. Y es que los socialistas, si bien negaban la existencia del alma cristiana, asumían sin reparo la creencia en el espíritu, concepto que, definido por la filosofía clásica y asumido más tarde, ya en épocas moderna y contemporánea, por diversas corrientes y escuelas como la Ilustración, el liberalismo progresista, el republicanismo, la masonería o el librepensamiento, era entendido como «lo que vivifica» y define esencialmente al ser humano. Igualmente, aunque *a priori* pudiera resultar paradójico, no se oponían a la noción clásica de «fama», es decir, al reconocimiento de una singularidad individual fruto de sus particulares cualidades y/o actos. Individualidad que al sobrepasar un círculo reducido de sujetos y ser conocido y reconocido por muchos se convertía en un hecho social relevante. De esa manera, la persona dotada de esa excelencia, de esa «fama de notoriedad», se distinguía y segregaba del grupo o de la clase trascendiendo incluso su vida física, lo que, sin duda, podía interpretarse a la luz de la idea de inmortalidad. Todo ello acabaría derivando en no pocos casos en un culto a la personalidad que nada tenía que ver con la filosofía materialista o con el marxismo —para el que el único sujeto histórico relevante eran las masas trabajadoras— y sí, en cambio, con la concepción de las escuelas idealistas que atribuían un valor muy relevante —el principal, muchas veces— al papel de las personalidades en la historia.

Consecuencia directa de ese culto, de su «canonización», fue el objetivo de hacer perdurable en el tiempo la vida y la obra de esos dirigentes, lo que implicó construir una política de su memoria que comenzaba a diseñarse ya con motivo de sus funerales a través de un relato militante que, sirviéndose de distintas vías y utilizando diversos medios, continuaría alimentándose desde entonces por las organizaciones socialistas. Una labor que, si por una parte hubo de adaptarse a las diferentes coyunturas políticas que vivió España desde la fecha de los respectivos decesos<sup>45</sup>, por otra debió aclimatarse, con las oportunas modificaciones del relato, a la cambiante dinámica experimentada por el propio socialismo en cada una de esas coyunturas. En todo caso, los principales mecanismos para lograr perpetuar la memoria fueron los homenajes, en donde se reproducía el triple patrón crístico —vida ejemplar, muerte y «resurrección» del homenajeado—, las visitas a la tumba con motivo de los aniversarios de la

<sup>45</sup> El marco político de la época concreta del deceso, así como los sistemas jurídico-políticos imperantes en los periodos subsiguientes fueron, como es lógico, factores decisivos en el tratamiento de la memoria y las políticas de la muerte. *Vid.* ROUSSO, Henry: «La mémoire n'est plus ce qu'elle était...», *op. cit.*, pp. 105-114. Josefina Cuesta afirma que la memoria puede ser obstaculizada a nivel oficial por los poderes e instituciones, que pueden imponer el silencio en el espacio público, pero el olvido no puede imponerse a los sujetos que forman parte de esa memoria colectiva. En CUESTA, Josefina: *La odisea de la memoria: historia de la memoria en España, siglo XX*, Madrid, Alianza, 2008, p. 84.

muerte, las veladas necrológicas, las diversas conmemoraciones y en ocasiones también la publicación de biografías y/o la edición de sus escritos, así como la venta de retratos y fotografías del dirigente en cuestión. En algunas etapas, como las de la Segunda República y la Transición, el recuerdo se hizo presente en el espacio público dando su nombre a calles, avenidas y plazas de distintas localidades. Placas, bustos y monumentos en su honor se instalaron también en instituciones privadas y en vías públicas como símbolo de la reivindicación y la persistencia de su memoria.

Pero no todos los líderes fueron tratados de igual manera. Las luchas internas en las organizaciones, por un lado, y la evolución ideológica de algunos de ellos, por otro, fueron las causas de que sobre determinadas personalidades cayera el olvido. Aplicando una *damnatio memoriae* lo que se pretendía era borrar su vestigio en la historia del socialismo al considerarlas deshonrosas para el partido y/o el sindicato. El caso más conocido y más relevante fue el de Juan Negrín y el de otros famosos negrinistas como Ramón Lamonedá, Julio Álvarez del Vayo, Matilde de la Torre o Ramón González Peña. La purga de este sector no solo condujo a la desmemoria de sus integrantes, sino a que fueran expulsados del PSOE. En otros supuestos, no fueron las divisiones internas la causa sino otros factores exógenos y de carácter más personal, como el inexorable paso del tiempo, los cambios ideológicos de algunos dirigentes o la manifestación de una independencia de criterio que casaba mal con la disciplina exigida por las entidades obreras. En este grupo se hallarían, por mencionar sólo algunos nombres, Tomás Meabe y Jaime Vera —figuras cada vez más distantes en la memoria colectiva socialista pese a su relativa recuperación durante la Transición—, Margarita Nelken, ejemplo de heterodoxia ideológica, o María Lejárraga, reconciliada con la fe católica antes de su muerte. Podría concluirse, por tanto, siguiendo a Pierre Nora, que si bien las tumbas y los cementerios de un buen número de dirigentes fueron «lieux de mémoire»<sup>46</sup> para el socialismo, otros, en cambio, se convirtieron en espacios ignorados o simplemente repudiados por sus seguidores.

### 3. ESTRUCTURA Y JUSTIFICACIÓN DEL LIBRO

Los objetivos que nos hemos planteado con esta publicación son varios, aunque complementarios. Uno de ellos es dar a conocer aspectos fundamentales de la historia del socialismo español y que han sido poco estudiados, desigualmente investigados o simplemente ignorados por la historiografía contemporánea española. Porque si es innegable que disponemos ya de buenas

<sup>46</sup> Vid. NORA, Pierre: *Les lieux de la mémoire. La République*, París, Gallimard, 1984.

biografías sobre algunos de los principales dirigentes socialistas<sup>47</sup> —no es el caso, sin embargo, de otros ni tampoco de muchos cuadros políticos y sindicales que siguen requiriendo de un estudio de carácter biográfico—, y que en todas ellas aparece un apartado más o menos amplio dedicado a narrar sus muertes, estas y los entierros que se llevaron a efecto después no habían sido objeto de un análisis concienzudo y sistemático. Otro tanto cabe decir en relación con la cultura del duelo, las políticas de la muerte, sus usos públicos y las políticas de la memoria, siendo como son, tal y como hemos tratado de explicar aquí, vectores centrales de la actuación del socialismo durante toda su trayectoria<sup>48</sup>.

Las contribuciones recogidas en este libro han tratado de colmatar esos vacíos, haciendo hincapié, por un lado, en los mecanismos de funcionamiento de los ritos funerarios aplicados en el seno del socialismo y en su funcionalidad política en medio o a través de diferentes contextos históricos, por otro. Muerte y memoria, con su imaginaria y sus imaginarios colectivos, han sido, por tanto, los aspectos que se abordan en las siguientes páginas. Su tratamiento, empero, no ha pretendido ser ni ha sido uniforme u homogéneo, por más que casi todos los casos analizados tengan unos rasgos comunes. Las visiones que destilan los diferentes autores responden a una visión múltiple, caleidoscópica, con distintas interpretaciones y metodologías, enriqueciendo así tanto el punto de mira como el enfoque, como concierne a un objeto de estudio que presenta dimensiones y posibilidades de acercamiento heterogéneas.

Una característica de las colaboraciones de los especialistas que participan en esta monografía ha sido también la de tratar de salirse de los «caminos trillados», de huir de lugares comunes y de algunas de las lecturas canónicas o canonizadas de la historia del socialismo mediante la incorporación de datos inéditos y de informaciones novedosas, lo que ha hecho posible no solo acotar y avanzar en un campo historiográfico poco frecuentado, sino también aportar interpretaciones diferentes y originales de hechos suficientemente conocidos.

Finalmente, otros dos objetivos afines han sido abrir una cantera de investigación para futuros estudiosos y profundizar en una propuesta metodológica que, a la luz de los trabajos reunidos en esta monografía, creemos que puede dar frutos sazonados en el futuro. Una vía y una forma de hacer historia que se inscribe, sobre todo, pero no solo, en la nueva historia cultural y que cuenta entre sus oficiantes con reputados historiadores, como los que han ido

<sup>47</sup> Sobre este asunto puede verse LUENA LÓPEZ, César: «El género biográfico en los dirigentes históricos del PSOE. Balance historiográfico y posibilidades de futuro», *Pasado y Memoria*, nº 20, 2020, pp. 255-275.

<sup>48</sup> Una excepción sería, como ya comentamos, el libro de DE LUIS MARTÍN, Francisco: *Pablo Iglesias. Muerte y memoria de un mito...*, op. cit.

apareciendo a lo largo de las páginas anteriores y a la que modestamente ha procurado contribuir el autor de estas líneas.

La elección de los personajes tratados en este libro no ha sido caprichosa ni aleatoria, sino que responde a una serie de motivos que la justifican. Partiendo del reconocimiento de que son muchos los dirigentes históricos que no figuran aquí y que, por tanto, deberían ser objeto de análisis en ulteriores investigaciones, los elegidos lo han sido por entender que conforman una amplia y completa muestra de las diferentes tipologías que podrían establecerse a la hora de abordar el estudio de la muerte y la memoria en el socialismo español. Porque entre ellos figuran grandes personajes y otros que no alcanzaron esa dimensión y que representan al grupo de líderes más numeroso de la dirigencia socialista. Figuran también hombres y mujeres, tratando así de evitar el predominio casi absoluto de los primeros en este tipo de estudios, tanto en España como en otros países, y, en consecuencia, de recuperar una tan justa como necesaria presencia de las segundas<sup>49</sup>. Igualmente, se ha buscado que hubiera un equilibrio entre aquellos que murieron en el interior y los que lo hicieron en el exilio, poniendo así de manifiesto las connotaciones propias y diferenciadoras relativas a los marcos geográficos en que tuvieron lugar los decesos y/o las conmemoraciones orquestadas para su celebración. Otra elección consciente ha sido la de conjugar entierros populosos, con presencia masiva de público en el sepelio, con otros que o bien se hicieron de forma clandestina, o bien tuvieron lugar en la más estricta intimidad o sin otra compañía que la propia familia y los deudos más cercanos. Hemos procurado asimismo que en la selección tuvieran cabida los distintos momentos cronológicos de la historia del socialismo, desde los iniciales hasta los más cercanos a nuestro tiempo, abarcando paralelamente los grandes periodos —Restauración, dictadura de Primo de Rivera, Segunda República, Guerra Civil, Franquismo y Transición democrática— de la historia de España. En la secuenciación de los personajes analizados, aunque cabía adoptar diversos criterios, como el de la fecha de su muerte o su relevancia histórica, nos hemos inclinado por hacerlo siguiendo el orden alfabético de los mismos, sin atender, por tanto, a otro tipo de consideraciones o de circunstancias. Por otro lado, todos ellos representan, además de su concreto tiempo histórico, un determinado estereotipo personalista, reflejando determinados hechos diferenciales, como el del fundador, el activista, el

<sup>49</sup> Una excepción en el panorama europeo es el reciente trabajo de Michel Winock sobre la muerte y los entierros de algunos de los principales personajes de la III República francesa que tuvieron lugar en el periodo 1871-1914. De un total de veinte capítulos, cinco están dedicados a las siguientes mujeres: la poetisa Louise Colet, la novelista George Sand, la aristócrata Mathilde Bonaparte, la periodista y pionera del movimiento feminista, Hubertine Auclert y la anarquista, educadora y principal figura de la Comuna de París, Louisa Michel. Vid. WINOCK, Michel: *Pompes Funébres, 1871-1914. Les morts illustres, 1871-1914*, París, Perrin, 2024.

líder regional, el mártir, el intelectual, el desleal, el traidor o la mujer, modelando así, como señalamos anteriormente, un conjunto muy representativo de la realidad del socialismo español.

En definitiva, lo que se ha tratado de escudriñar con la selección establecida ha sido la conformación de un panteón socialista tan variado y contradictorio como su propia historia. Una historia de la que, como se desprende de los capítulos de este libro, forman parte muy relevante los ritos de la muerte, las culturas del duelo y las políticas de la memoria que los socialistas adoptaron a lo largo de la misma. Planteado de esta manera, con las solas armas del análisis histórico —*sine ira et cum studio*—, es, a nuestro juicio, como se escribe la verdadera memoria histórica, consistente en recuperar, con la objetividad y el rigor requeridos, hechos, personajes, situaciones o acontecimientos que yacían en el olvido, un propósito que ha alentado en todo momento la idea y la materialización de este libro. Porque la memoria histórica no es, no puede ser en ningún caso ni bajo pretexto alguno, ajustar cuentas con el pasado o servirse del mismo para la defensa de intereses espurios y/o partidistas. Quien así procede, como ya advirtiera Santos Juliá, no solo falsea y manipula el pasado, sino que contribuye a edificar una *damnatio memoriae* que desgraciadamente resulta tan común a la historia de la humanidad como perjudicial a la Historia como disciplina<sup>50</sup>.

<sup>50</sup> JULIÁ, Santos: *Elogio de Historia en tiempo de Memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2011.